

Miguel León-Portilla

“Primeros años de Sahagún en Tlatelolco”

p. 7-21

El universo de Sahagún

Pasado y presente. Coloquio 2005

José Rubén Romero Galván y Pilar Máynez (coordinadores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2007

156 + [XVI] p.

Ilustraciones

(Serie Cultural Náhuatl. Monografías 31)

ISBN 978-970-32-4463-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/484/universo_sahagun.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



PRIMEROS AÑOS DE SAHAGÚN EN TLATELOLCO

Miguel LEÓN-PORTILLA

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Una ceremonia nunca antes vista tuvo lugar el 6 de enero de 1536, fiesta de la Epifanía o de los tres Reyes Magos, en la que era una sencilla construcción, cerca del recientemente edificado primer convento de Santiago Tlatelolco. Se abría allí una escuela, la cual, como el antiguo calmécac, podía describirse como un lugar de “estudios superiores”. Tres personas habían patrocinado la fundación de esta escuela: Sebastián Ramírez de Fuenleal, presidente de la segunda Audiencia de la Nueva España, reconocido por sus contemporáneos como un genuino humanista, el recién llegado primer virrey, Antonio de Mendoza, y el obispo de México, fray Juan de Zumárraga.

Zumárraga, que había ordenado la quema de libros indígenas, o códices, concedía ahora todo su apoyo a esta nueva institución. Estas maneras de actuar pueden parecer contradictorias, pero deben ser entendidas si se toma en cuenta que Zumárraga, lector de las obras de Erasmo de Rotterdam, había abierto su mente para aceptar nuevas formas de pensamiento, sin embargo, al mismo tiempo era un misionero determinado a implantar el cristianismo a cualquier costo, aun suprimiendo cualquier cosa que se opusiera a sus propósitos.

El nuevo centro educativo se llamó Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco y quedó bajo la tutela de Carlos V que poco antes había sido coronado en Bolonia, en 1530, por el papa Clemente VII. Según fray Jerónimo de Mendieta, la manera de establecer este Colegio se inspiró en una experiencia anterior. Junto al convento de San Francisco de la ciudad de México, fray Pedro de Gante había construido la capilla de San José de los Naturales y una escuela en la cual “comenzóse a leer la gramática a los indios [...]. El primer

maestro que tuvieron de la gramática fue fray Arnaldo Bassacio, de nación francesa, doctísimo varón y gran lengua de los indios, con quien aprovecharon tanto”.¹

Los estudiantes nahuas se mostraron tan capaces en su aprendizaje que el obispo Zumárraga y el presidente de la Audiencia, Ramírez de Fuenleal, acordaron la creación de una institución más grande en la que se podría proporcionar a los estudiantes un currículo más completo. La llegada del primer virrey, Antonio de Mendoza, a principios de octubre 1535, fue muy favorable dado que concedió su apoyo a dicho proyecto.

Fueron escogidos como maestros del Colegio fray Juan de Gao-na, que había enseñado en la Sorbona de París, y fray Juan Focher, doctorado en leyes en la misma universidad. A ellos correspondió impartir retórica, lógica y filosofía. A su vez fray Andrés de Olmos enseñó gramática. A fray Bernardino de Sahagún se le encomendó impartir cátedra de latinidad. Fray Arnoldo de Bassacio tuvo a su cargo otras materias de carácter humanístico.

Fray Bernardino no sospechó entonces que buena parte de su vida habría de transcurrir en el Colegio realizando diversos trabajos. Él enseñó allí y también llevó a cabo investigaciones durante al menos cuatro períodos de su larga vida. El primero abarcó desde la fundación del Colegio en 1536 hasta 1540, cuando salió a trabajar como misionero. Su segunda estancia comprendió los años de 1545 a 1558. Sus investigaciones en Tepepulco lo apartaron del Colegio desde finales de 1558 hasta principios de 1561.

De regreso en Tlatelolco permaneció allí y trabajó durante cerca de tres años más. Pasó entonces al convento de San Francisco en donde, como lo expresó, “vine a morar con todas mis escrituras [los textos nahuas que había hecho transcribir] por espacio de tres años pasé y repasé a mis solas estas mis escrituras y las torné a enmendar y las dividí por libros, por capítulos y párrafos”.² Una última permanencia, la más larga en Tlatelolco, lugar que le era sumamente grato, comenzó en 1567 y sólo fue interrumpida por

¹ Fray Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, reimpresión de la edición de Joaquín García Icazbalceta, México, Porrúa, 1971, p. 414.

² Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 3 v., edición de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, México, CONACULTA, 2000, t. I, prólogo del Libro II.

su postrera enfermedad hacia fines de 1589. Entonces fue llevado a la enfermería del convento de San Francisco donde murió el 5 de febrero de 1590.

Los que he llamado primeros años de Sahagún en Tlatelolco comprenden sus dos bien definidas estancias allí: 1536 a 1540 y 1545 a 1558. Fueron estos los dos periodos en los cuales, además de actuar como maestro, se consagró a aquello que más le interesó en su vida, investigar acerca de la cultura y la historia de los pueblos nahuas de México. Me concentraré aquí en las que pienso fueron para él las circunstancias y logros más significativos durante estos dos periodos.

Sahagún se expresa acerca de los comienzos del Colegio

Recordando su primer estancia en Tlatelolco y lo que allí enseñó a los jóvenes indígenas, Sahagún escribió “yo fui el que los primeros cuatro años trabajé con ellos y los puse en la inteligencia de todas las materias de la latinidad”.³

Más que otros que también han descrito el funcionamiento de ese colegio, fray Bernardino dejó un testimonio muy valioso acerca de lo que allí se logró a pesar de los problemas y conflictos que afligieron a ese establecimiento. Sus palabras proporcionan el meollo de la historia de la que fue una experiencia cultural extraordinaria en los días que siguieron al trauma de la invasión española:

Luego que vinimos a esta tierra a plantar la fe, juntamos los muchachos en nuestras casas, como está dicho, y los comenzamos a enseñar a leer y escribir y cantar; y como salieron bien con esto, procuramos luego de ponerlos en el estudio de la gramática, para el cual ejercicio se hizo un Colegio en la ciudad de México, en la parte de Santiago Tlatelolco, en el cual de todos los pueblos comarcas y de todas las provincias se escogieron los muchachos más hábiles y que mejor sabían leer y escribir, los cuales dormían y comían en el mismo Colegio sin salir fuera sino pocas veces. Los españoles y los otros religiosos que supieron esto reíanse mucho y hacían burla, teniendo por muy averiguado que nadie sería poderoso para poder enseñar gramática a gente tan inhábil; pero trabajando con ellos dos o tres años, vinieron

³ Sahagún, *op. cit.*, Libro X, cap. 27, t. II, p. 930-931.

a entender todas las materias del arte de la gramática y a hablar latín y a entenderlo, y a escribir en latín y aun hacer versos heroicos. Como vieron esto por experiencia, los españoles seculares y eclesiásticos espantáronse mucho cómo aquello se pudo hacer.⁴

Si el nombre del Colegio fue bastante solemne —se llamó Imperial Colegio— su edificio y recursos fueron modestos por no decir humildes. Sin embargo, el éxito que allí se iba alcanzando continuó provocando críticas en muchos españoles. Entre otras objeciones se dijo que, si los indígenas no debían ser ordenados de sacerdotes, ¿para qué se les enseñaba la gramática latina? Otros argumentos fueron estos: si los indios leían la Biblia, descubrirían que los patriarcas habían tenido muchas mujeres. También se enterarían a través de la historia que los romanos y los árabes habían conquistado a los españoles. Y todavía más grave, decían que la mucha lectura propiciaría que los indios se volvieran herejes.

De esta suerte los comienzos del Colegio estuvieron acompañados de problemas y conflictos. Pero a pesar de todo, el Colegio no cerró sus puertas. Además de contar con un cuerpo muy selecto de profesores y de estudiantes bien escogidos, la presencia allí de médicos indígenas que enseñaban lo que hoy describiríamos como su sabiduría farmacológica, fue bienvenida. También fueron recibidos algunos *tlahcuilos*, pintores y escribanos, cuyas lecciones demostraron ser muy útiles.

El Colegio de Santa Cruz fue ciertamente un experimento en el Encuentro de Dos Mundos. Puede decirse que de algún modo se asemejó a otras instituciones que habían existido en España. Una de ellas había sido la Escuela de Traductores de Toledo en la cual españoles, judíos y árabes trabajaron juntos para copiar, traducir y enseñar textos que de un modo o de otro habían formado parte de sus respectivos acervos culturales.

Las materias enseñadas en el Colegio fueron las que correspondían al *trivium* —gramática, retórica y lógica— y también al *quatrivium* —aritmética, geometría, astronomía y música—, a todo lo cual se añadía la enseñanza de los principios morales cristianos, el estudio de la Sagrada Escritura, todo en el contexto de la menta-

⁴ *Ibid.*, t. II, p. 929-930.

lidad previa al Concilio de Trento. El currículo también incluía la enseñanza de la pintura y el conocimiento de materias médicas de acuerdo con la antigua cultura nativa. De todo esto surgió un selecto grupo de estudiantes, llamados “los trilingües” por fray Bernardino, ya que hablaban náhuatl, castellano y latín.

Ayudado probablemente por algunos de los más capaces de los estudiantes, cuyos nombres conservó fray Bernardino, entre ellos Antonio Valeriano de Azcapozalco, “el principal y el más sabio”, y Martín Jacobita de Tlatelolco, compuso él hacia 1540 una colección de sermones y un santoral en náhuatl. Se conserva actualmente en la Colección Ayer de la Biblioteca Newberry de Chicago un manuscrito que es copia de aquél, hecha en 1548. El propio Sahagún, cuando revisó y corrigió años después ese temprano trabajo suyo expresó acerca de él lo siguiente:

Síguense unos sermones de dominicas y de santos en lengua mexicana. No traducidos de sermonario alguno sino compuestos nuevamente a la medida de la capacidad de los indios: breves en materia y en lenguaje congruo, venusto y llano, fácil de entender para todos los que los oyeren, altos y bajos, principales y macehuales, hombres y mujeres. Compusiéronse el año de 1540.⁵

Notable cosa es que en fecha tan temprana preparara fray Bernardino ese trabajo con 52 sermones en náhuatl para todos los domingos desde el primero de Adviento hasta el decimonono después de Pentecostés, al igual que el santoral del que también habla. El investigador Barry D. Sell ha estudiado en parte el manuscrito que se conserva en la Colección Ayer de la Biblioteca Newberry en Chicago y en un artículo que escribió para un libro de homenaje a Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble lo comenta.⁶ La aportación lograda por fray Bernardino está mostrando que ya para el año de 1540 se había adaptado razonablemente el alfabeto latino para representar los fonemas del náhuatl. Tam-

⁵ Manuscrito conservado en la Colección Ayer de la Biblioteca Newberry, Chicago, Ms. 1485, folio 1.

⁶ Barry D. Sell, “All the Way to Guatemala: Sahagún’s Sermonario of 1548”, en *Chipping Away on Earth, Studies in Prehispanic and Colonial Mexico in Honor of Arthur J. O. Anderson and Charles E. Dibble*, edited by Eloise Quiñones Keber, Lancaster, California, Labyrinthos, 1994, p. 37-44.

bién, con el auxilio de los más capaces estudiantes latinos, se había podido expresar sutiles conceptos de la religión cristiana en ese conjunto de sermones.

Sahagún dejó por un tiempo el Colegio, cerca de cinco años, para ocuparse de trabajos apostólicos entre los indígenas que vivían en lugares como Huexotzinco, no lejos de Puebla. Él mismo proporciona cierta información acerca de lo que fueron sus experiencias en el Valle de Puebla. Cuando llegó a Huexotzinco se continuaba la construcción del convento e iglesia que hasta hoy existen en ese lugar. Dando testimonio de que visitó otros lugares, entre ellos Cholula, describe la enorme pirámide que allí se levanta. También habla del que hoy se conoce como Pico de Orizaba, del Popocatepetl y de la montaña llamada Matlalcueye, que hoy se nombra La Malinche. Los comentarios que se conservan acerca de lo que vio durante esos cinco años son de considerable interés y están insertos en varios lugares de su *Historia general de las cosas de Nueva España*.

Sahagún regresa a Tlatelolco

Poco antes de 1545 fray Bernardino estaba de nuevo en el Colegio. Gracias al apoyo económico concedido por el virrey Mendoza y también gracias a los esfuerzos de los franciscanos, el Colegio continuaba funcionando de manera aceptable. Además de los trabajos relacionados con la educación moral e intelectual de decenas de jóvenes indígenas, se habían emprendido otras tareas.

Una de ellas tiene que ver con el rescate de testimonios acerca de la sabiduría moral y filosófica de los nahuas. Otro se refirió a la compilación de un herbario que, aunque concebido al modo europeo, volvería asequible la riqueza del conocimiento farmacológico. Una tercera empresa se llevó a cabo para satisfacer un deseo del virrey y del emperador Carlos V, ambos patronos del Colegio. Consistía ella en preparar un mapa de la ciudad de México y sus alrededores. Otro trabajo, más dificultoso, fue obtener de ancianos indígenas una relación de lo que, como testigos, conocían acerca de la conquista de México.

En por lo menos dos de estos proyectos fray Bernardino participó de manera directa. Es posible, sin embargo, que de un modo o de otro tuviera cierta ingerencia en aquellos que no se le atribuyen formalmente.

La compilación de los huehuehlahtolli, testimonios de la antigua palabra

Sabemos que esta compilación la llevó a cabo Sahagún hacia 1547. Esto nos lo dice la nota que aparece al final de la transcripción de estos textos en el *Códice Florentino*. Allí expresamente manifestó él que: “Fue traducido en lengua española por el dicho padre fray Bernardino de Sahagún después de treinta años que se escribió en la lengua mexicana, este año de 1577”.⁷

Restado treinta años al de 1577, tenemos el ya referido de 1547. Sahagún llevaba cerca de dos años en esta su segunda estancia en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Desde poco antes la región central de México se había visto afligida por una epidemia de la que se llamó *cocoliztli*. La epidemia se prolongó bastante tiempo. Como hipótesis plausible puede proponerse lo siguiente: Sahagún pudo ver cómo los médicos indígenas que laboraban en el Colegio atendieron a los muchos enfermos con sus remedios tradicionales. Quiso él, sin embargo, ahondar en el asunto. Es probable que en ese contexto preguntara a esos médicos y a algunos ancianos qué otra cosa hacían en el caso de una epidemia. Después de repetidos interrogatorios y hasta ganarse la confianza de aquellos con quienes trató acerca del asunto, hubo alguno o varios quizás que le dijeron que también entonces se suplicaba a Tezcatlipoca para que “en tiempo de pestilencia se las quitase”.⁸

Fray Bernardino pudo haber pedido entonces que le recitaran la principal oración con que dirigían a Tezcatlipoca en esa circunstancia. Escuchar la oración debió impresionarle grandemente. Pidió que se la repitieran y la hizo transcribir. De ese primer discurso y oración notó Sahagún que en él “usan de muy hermosas metáfo-

⁷ Fray Bernardino de Sahagún, *Códice Florentino*, 3 v., Giunta Barberá, Archivo General de la Nación, México, 1979, t. III, f. 81r.

⁸ *Ibid.*, t. II, f. 1r.

ras y maneras de hablar”.⁹ Si tiene sentido la hipótesis propuesta, cabe pensar que luego pidiera Sahagún a quienes le habían transmitido esa oración, le proporcionaran otras para casos de guerra, hambruna, sequía y otras circunstancias a lo largo de la vida.

De esta suerte fray Bernardino pudo escoger cuarenta *huehuehtlahtolli*, textos de la antigua sabiduría que, además de las oraciones, abarcaron un conjunto de pláticas en relación con el supremo gobernante al ser electo. Asimismo exhortaciones del padre y la madre a sus hijos e hijas. Se incluyeron también textos que hablan de la forma como se hacían los casamientos; lo que realizaban cuando la recién casada quedaba preñada; la actuación de la partera y todo lo tocante al nacimiento del nuevo ser humano, incluyendo la consulta con el *tonalpouhqui*, el que declaraba los destinos, para conocer el futuro de la criatura. La compilación incluye también la promesa de los padres de llevar a sus hijos a las escuelas y lo que decían al entregarlos en esos centros de educación.

También pudo haber influido en el ánimo de Sahagún enterarse de que su hermano de hábito fray Andrés de Olmos, que asimismo había enseñado en el Colegio de Tlatelolco, había reunido con anterioridad otro conjunto de textos, no pocos de ellos parecidos a los que le proporcionaban ahora en Tlatelolco. Los textos que hizo transcribir Olmos habían sido recogidos más de diez años antes, cuando realizó sus pesquisas para conocer la antigua cultura.

Las compilaciones de *huehuehtlahtolli* debidas a Olmos y Sahagún son testimonios de gran valor para conocer, como lo expresó fray Bernardino, “la filosofía moral y teología de la gente mexicana, donde hay cosas muy curiosas, tocantes a los primores de su lengua y cosas muy delicadas tocantes a las virtudes morales”.¹⁰

Elaboración de un mapa de México Tenochtitlan y sus contornos hacia 1550

Consta que en el siglo XVI los grandes cartógrafos europeos, enterados de la grandeza de la capital de la Nueva España, registraron

⁹ *Loc. cit.*

¹⁰ Sahagún, *Historia*, t. II, Libro IV.

en no pocos de sus mapas a dicha ciudad poniendo de relieve que se trataba de una notable metrópoli. Ello ocurrió en diversos mapas debidos, entre otros, a Gerardo Mercator y a Abraham Ortelio. El emperador Carlos V, que conoció algunos de esos mapas y sabía, por otros testimonios, acerca de la grandeza de la ciudad de México, quiso conocerla con mayor precisión. Se dirigió para ello al virrey Antonio de Mendoza solicitándole un mapa de la ciudad de México. El virrey pidió entonces a los superiores del Colegio de Santa Cruz le proporcionaran lo que solicitaba el Emperador. Es probable que Sahagún, del que consta había preparado varios planos, como el que se incluye en sus *Primeros Memoriales* acerca del Templo Mayor de Tenochtitlan, pudo haber sido uno de los que encaminaron el nuevo proyecto. Con el auxilio de los pintores indígenas y de algunos estudiantes aprovechados, se llevó a cabo la preparación del gran plano.

Éste fue enviado al cosmógrafo imperial Alonso de Santa Cruz. Al recibirlo él, le añadió una cartela en latín, en la que inscribió una dedicatoria a Carlos V. Es seguro que éste contempló y examinó con curiosidad y agrado ese testimonio cartográfico de primera mano.

El mapa de México Tenochtitlan y sus contornos hacia mediados del siglo XVI por una serie de circunstancias, descritas en la publicación que con Carmen Aguilera hice de dicho mapa, fue a parar a Suecia.¹¹ Hoy se conserva allí en la biblioteca de la Universidad de Upsala. En el mapa aparece ya la traza española de la ciudad circundada por las habitaciones de la población indígena. Las aguas del lago rodean la isla. Se trata de un mapa-paisaje al modo europeo pero con elementos de la tradición indígena. Entre otras cosas, sobresalen más de doscientos glifos toponímicos que registran los lugares allí representados. Un análisis pormenorizado del mapa permite descubrir lo mucho que incluye. En resumen, puede decirse que es una imagen de lo que era la ciudad y la vida de sus habitantes al tiempo en que se pintó, es decir, hacia mediados del siglo XVI.

¹¹ Miguel León-Portilla y Carmen Aguilera (editores), *Mapa de México-Tenochtitlan y sus contornos hacia 1550*, México, Celanese, 1986.

Preparación del Códice Badiano, sobre hierbas medicinales de los indígenas

En fecha cercana a la elaboración del mapa de Tenochtitlan, un *tepahtiani*, médico, de nombre Martín de la Cruz, y un buen latinista también indígena, Juan Badiano, prepararon un herbario al modo europeo pero con elementos de la farmacología y la pictografía indígenas. El herbario consta de 140 páginas, en 89 de las cuales hay pinturas que ilustran las diversas plantas. Sus nombres y propiedades medicinales se describen en latín. En muchas de dichas pinturas se indica el tipo de suelo, que puede ser pedregoso, húmedo, acuoso, abundante en insectos, en que la correspondiente planta hunde sus raíces.

Es seguro que Sahagún haya conocido al médico Martín de la Cruz puesto que la elaboración del códice coincidió con su estancia en el Colegio. Cuando más tarde fray Bernardino recogió testimonios sobre la farmacología indígena, obtuvo de otros médicos tlatelolcas amplia información. Uno de los médicos que le proporcionaron datos valiosos se llamaba Francisco de la Cruz que bien pudo ser pariente de Martín.

Juan Badiano, el latinista, tituló al códice con estas palabras *Libellus de Medecinalibus Indorum Herbis* [Librito de las hierbas medicinales de los indios]. El libro fue entregado a don Francisco de Mendoza, hijo del virrey que había partido a Lima para hacerse cargo del gobierno de Perú.

Martín de la Cruz, en su dedicatoria a don Francisco de Mendoza, expone los motivos que tuvo para preparar su herbario. Le dice que “los beneficios que tu padre me ha hecho no pueden encarecerse”. Esos beneficios habían sido importantes para el Colegio ya que lo dotó de una cierta renta. Otra razón que expone Martín de la Cruz es la de “recomendar ante la Sacra Católica y Real Majestad a los indios aun no siendo de ello merecedores”.

Al tiempo en que don Francisco recibía el herbario, su padre, el virrey, moría en la ciudad de Lima. Don Francisco, estando ya de regreso de España, hizo entrega del códice a un farmacéutico muy vinculado a la corte, Diego de Cortavila y Sanabria. Prueba de ello es una inscripción en la primera página del mismo donde

se nota que es propiedad suya. El códice pasó luego a pertenecer al cardenal Francesco Barberini, que había sido nuncio apostólico en España. Al morir, éste, el herbario quedó en la Biblioteca Vaticana que él había tenido a su cargo. Allí se conservó hasta 1929 en que fue redescubierto por varios investigadores. Una copia del mismo se encuentra actualmente en la biblioteca del Castillo de Windsor en Inglaterra. En 1990, al visitar México, el papa Juan Pablo II hizo entrega del mismo al presidente de la República, quien lo depositó en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, adjunta al Museo en Chapultepec.

De este códice se han publicado en México tres reproducciones facsimilares, con versión castellana, el texto latino y varios estudios introductorios, entre ellos uno de Ángel María Garibay K.¹²

Los testimonios indígenas acerca de la Conquista de México

En varios lugares de su *Historia general* y en otros escritos suyos fray Bernardino se expresó acerca de lo que él pensaba sobre la Conquista de México. En el prólogo general que escribió para el Libro I de esa *Historia* anotó:

Aprovechará mucho toda esta obra para conocer el kilate de esta gente mexicana, el cual aún no se ha conocido, porque vino sobre ellos aquella maldición que Jeremías de parte de Dios fulminó contra Judea y Jerusalén, diciendo en el capítulo V: Yo haré que venga sobre vosotros, yo traeré contra vosotros una gente muy de lejos, gente muy robusta y esforzada, gente muy antigua y diestra en el pelear, gente cuyo lenguaje no entenderéis, ni jamás oísteis su manera de hablar; toda gente fuerte y animosa, codiciosísima de matar. Esta gente os destruirá a vosotros y a vuestras mujeres e hijos y todo cuanto poseéis y destruirá todos vuestros pueblos y edificios. Esto a la letra ha acontecido a estos indios con los españoles. Fueron tan atropellados y destruidos ellos y todas sus cosas, que ninguna apariencia les quedó de lo que eran antes.¹³

Si esto era lo que pensaba Sahagún acerca de la Conquista, quiso él también buscar el punto de vista indígena, la “visión de los

¹² *Códice Badiano*, con comentarios de varios autores, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1964.

¹³ Sahagún, *Historia*, t. I, “Prólogo”, p. 62-63.

vencidos”. Sabemos que a tal pesquisa dedicó atención hacia 1553-1555 ya que años más tarde hizo referencia a esa fecha. De quienes le proporcionaron el testimonio de sus recuerdos dejó dicho:

Los que fueron conquistados y supieron y dieron relación de muchas cosas que pasaron entre ellos durante la guerra, las cuales ignoraron los que los conquistaron, por las cuales razones me parece que no ha sido trabajo superfluo haber escrito esta historia, la cual se escribió al tiempo en que eran vivos los que se hallaron en la misma conquista y ellos dieron esta relación, y personas principales y de buen juicio, y que se tiene por cierto que dijeron toda la verdad.¹⁴

Esa relación, según la dieron los que se habían hallado en el enfrentamiento con los españoles, está estructurada a modo de un drama. Ello es así, bien sea porque de ese modo se expresaron los indígenas o porque Sahagún organizó sus testimonios de la forma que le pareció más conveniente. El relato en náhuatl da principio con la evocación de “señales y pronósticos” que se decía habían aparecido antes de la llegada de los españoles. El relato continúa luego hablando de los varios episodios a partir de las noticias que recibió Moctecuhzoma sobre la venida de esos extraños forasteros que se habían acercado a las costas en barcas grandes como montañas. La palabra indígena prosigue hablando de cuanto ocurrió: los ires y venires de los mensajeros, el encuentro de Hernán Cortés con Moctecuhzoma, el aposentamiento de los españoles en México Tenochtitlan, la salida de Cortés para hacer frente a Pánfilo de Narváez y, en su ausencia, la matanza del Templo Mayor perpetrada por Pedro Alvarado. El relato continúa refiriendo la precipitada salida de los españoles y su derrota en la que se conoce como Noche Triste. Habla luego de cómo fueron acogidos por sus aliados tlaxcaltecas, cómo construyeron los bergantines y se aprestaron para el nuevo asedio a la ciudad. Dramáticas son las palabras que describen lo que fue la gran batalla hasta que, después de ochenta días, se consumó la derrota de los mexicas, la prisión de Cuauhtémoc y lo que a ello siguió. El relato concluye con una amonestación de Cortés a los señores de México, Tezcoco y Tlacopan exigiéndoles la entrega del oro que, se dijo, tenían ellos oculto.

¹⁴ Sahagún, *op. cit.*, t. III, Libro XII, “Al lector”, p. 1157.

Hoy sabemos que aunque este relato fue transcrito en los primeros años de la década de los cincuentas del siglo XVI, no es el más antiguo que consignaron los indígenas. Existe otro, fechado al parecer en 1528, en los que se conocen como *Anales de Tlatelolco* en el que son también los indígenas los que hablan de la Conquista. No obstante, el testimonio recogido por Sahagún es el más amplio y de mayor fuerza. En él los vencidos expresan sus recuerdos acerca de lo que fue su enfrentamiento y derrota ante los hombres de Castilla. Estos testimonios, y otros como algunos cantares tristes que recuerdan el enfrentamiento y asimismo las imágenes de varios códices, integran el dramático ciclo de la visión de los vencidos. A la par que las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo y otros relatos más breves de varios soldados cronistas, los textos y códices en náhuatl acerca de los mismos hechos constituyen la otra cara de la moneda, el reverso de la conquista tal como se reflejó en los ojos y la conciencia adolorida de los vencidos. Debemos en gran parte a fray Bernardino de Sahagún su rescate.

Preparativos para una magna empresa de investigación

Lo que hasta entonces había alcanzado a conocer fray Bernardino acerca de la cultura indígena —su lengua, el quilate de los indígenas, su sabiduría moral expresada en los *huehuetlahtolli* y los testimonios acerca de la Conquista— despertaron en él un gran interés para adentrarse aún más en todo lo tocante a la antigua cultura de los pueblos nahuas. Estamos hablando acerca de los últimos años de su estancia en el Colegio de Tlatelolco antes de que iniciara sus trabajos en Tepapulco. Sahagún había participado activamente en la preparación de los que llamó estudiantes trilingües. Ellos iban a ser sus auxiliares y colaboradores. Correspondió al nuevo provincial, fray Francisco de Toral, ordenar a Sahagún que emprendiera la investigación que él tanto anhelaba realizar. Así las cosas, fray Bernardino se aprestó a poner en marcha el que fue su magno proyecto de investigación. Como él lo expresó:

Por mandato del muy reverendo padre fray Francisco de Toral, provincial de esta Provincia del Santo Evangelio y después obispo de Campe-

che y Yucatán, escribí doce libros de las cosas divinas o por mejor decir idolátricas y humanas y naturales de esta Nueva España.¹⁵

Antes de iniciar su trabajo en Tepepulco, lugar que escogió porque en él perduraba aún la antigua tradición de los tezcocanos, Sahagún hizo la que llamó una minuta de aquello que iba a investigar. Él mismo refiere lo que llevó a cabo: “Recibido este mandamiento [del provincial Francisco de Toral] hice en lengua castellana una minuta o memoria de todas las materias que había de tratar que fue lo que está escrito en los doce libros y la postilla y los cánticos”.¹⁶

La minuta o memoria fue el esquema y estructuración de lo que se proponía investigar. Según él mismo lo dijo abarcaba el contenido de los doce libros en los que al fin quedó distribuida su *Historia general*. Hoy, examinando los folios que se conservan en náhuatl con los testimonios que recogió en Tepepulco y más tarde en Tlatelolco y México, puede reelaborarse esa minuta y asimismo todo el proceso de la investigación. Alfredo López Austin ha reconstruido además, con base en el examen de los textos incluidos en cada uno de los doce libros de la *Historia* en su redacción final, los cuestionarios que realizó Sahagún para hallar su pesquisa. En vez de tratar de reconstruirlos aquí, hago referencia a ese estudio.¹⁷ De él se desprende que la pesquisa iniciada en 1558 en Tepepulco se prosiguió a lo largo de varios años, no sólo enriqueciéndose sino reiterándose paralelamente, de suerte que en sus varias etapas la investigación se repitió atendiendo a los tres grandes temas de las cosas divinas, humanas y naturales.

Cuando Sahagún regresó a Tlatelolco a principios de 1561 llevaba consigo sus escritos. El mismo fray Bernardino describe en su *Historia* cuál había sido su forma de proceder. Esta se desarrolló a través de largos parlamentos con los ancianos que respondieron a sus preguntas y que, ganada su confianza, le mostraron algunos libros de pinturas o códices. No corresponde ya al tema de este

¹⁵ Sahagún, *Historia*, t. I, “Prólogo”, p. 61.

¹⁶ *Ibid.*, t. I, Libro II, “Prólogo”, p. 129.

¹⁷ Alfredo López Austin, “Estudio acerca del método de la investigación de fray Bernardino de Sahagún”, *La investigación social de campo en México*, compilador Jorge Martínez Ríos, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1976, p. 9-56.

trabajo ocuparnos de las categorías en que pueden distribuirse los testimonios que allegó en Tepepulco. Basta con decir que entre ellos hay algunos que son respuesta a sus cuestionarios. Otros, en cambio, fueron expresiones a las que libremente dieron salida los ancianos informantes. Finalmente hubo otros testimonios que pueden calificarse de textos canónicos de la antigua tradición. Entre ellos están los *Veinte himnos sacros a los dioses* recogidos por Sahagún e incluidos más tarde en su *Historia general*.

Todo esto lo realizó Sahagún a partir de sus primeras dos estancias en el Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco, que fue el escenario de sus trabajos. Allí encontró Sahagún inspiración para dedicar su vida a inquirir en torno a la cultura de los pueblos nahuas. Tlatelolco fue y siguió siendo para él el marco en el que realizó la gran empresa de su vida: conocer y ahondar acerca de la cultura de gentes a las que llegó a admirar y de las que dijo que “echan el pie delante a otras muchas naciones que tienen gran presunción de políticos [cultos]”.¹⁸ Por todo esto Tlatelolco, hoy barrio al norte de México, que quedó teñido ominosamente en 1968, mantiene a la vez paradigmático recuerdo de trabajos de investigación que conciernen a las raíces más hondas sobre las que se finca el ser del país. Deseo, que hasta ahora en vano he expresado, que el gobierno de la ciudad recobre esta memoria y la preserve en beneficio de todos sus millones de habitantes.

¹⁸ Sahagún, *Historia*, t. I, “Prólogo”, p. 63.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS